



PUNTO DE VISTA

SUBJETIVIDAD Y PROCESO SOCIAL

OSCAR WINGARTZ PLATA
Facultad de Filosofía/UAQ

Tenemos aquí una mayor aproximación a la solución histórica del problema en cuanto que se afirma que el hombre se enajena en el trabajo en virtud de ciertas condiciones y formas de relaciones sociales. No obstante, la concepción del trabajo no pierde su carácter antropológico ya que es justamente su concepción como manifestación de la esencia humana y del hombre (como ser genérico) la que lleva a Marx a concebir el trabajo enajenado y el intercambio comercial como negaciones del trabajo humano y de la comunidad propiamente humana.¹

Adolfo SÁNCHEZ VÁZQUEZ



Ulises REZA VENZOR: *Mis oídos inútiles.*

I. El estado de la cuestión

La cuestión que se está proponiendo tiene tras de sí una ruta ya transitada, no es nueva, entre otros elementos, porque ha sido en términos objetivos “el talón de Aquiles” de la izquierda en general y, en particular, para ciertas tendencias al interior del marxismo –si es que todavía hay alguien que a estas alturas de los tiempos se pueda declarar marxista confeso–, como algo complejo y de difícil asimilación, este es el problema de la subjetividad, tanto en su versión leninista y posterior a ella, como lo fue el estalinismo y el estructuralismo althusseriano; esto es, negar de forma sistemática y hasta catequética la dimensión subjetiva en la vida social, así como su expresión política al interior de los procesos sociales. Este dato se puede plantear de la siguiente manera:

Determinados procesos y sus referentes conceptuales fueron despreciados por la supuesta radicalidad revolucionaria en su vertiente reduccionista o academicista, porque las consideraban impertinencias precientíficas, a la vez que se avergonzaban de todo aquello que según ‘la sana’ tradición racionalista y positivista estuviera fuera de las llamadas ‘consideraciones de orden científico’, por lo tanto, no valía la pena tomarlas en cuenta.²

Como ya se había comentado, este asunto no es novedoso; lo novedoso está en retomarlo y proponerlo de manera crítica de cara a un proceso histórico que lo demanda y exige; es decir, reflexionar este problema desde otra óptica que no sea ni esquemática, ni excluyente, y que nos ayude a superar las concepciones que se han enunciado más arriba sobre esta zona de nuestra realidad, pero que no se han asumido crítica y consecuentemente.

Esto también se puede proponer de la siguiente forma: ¿en qué medida la subjetividad va cobrando mayor presencia y profundidad en la vida social? ¿Hasta qué punto esta dimensión se hace presente en la lucha social con sus motivaciones y referentes? ¿Por qué negarse a trabajar esta zona de nuestra azarosa y compleja realidad? ¿Cuáles son los elementos y los matices que cobra la subjetividad en nuestros contextos? Por otro lado, no debemos dejar de lado un asunto que ha sido muy complejo e intrincado, y se refiere a la

forma o la manera en que se muestran estos referentes en la actualidad, porque han tenido sus expresiones y contornos según la coyuntura y la circunstancia histórica.

Aquí es pertinente afirmar que la llamada “vida moderna” parece que ha hecho cada vez más innecesarias estas consideraciones; es decir, ¿por qué reflexionar sobre estas dimensiones de la modernidad, o tal vez debemos decir, la posmodernidad, que los hace irrelevantes?³ Para decirlo de manera explícita: ¿realmente es necesario y pertinente asumirlos y trabajarlos? o simplemente ¿estamos reiterando discusiones, más bien, con un aire y una actitud nostálgica y obsesiva?, como sería el retomar la reflexión humanista, al hablar del sentido que tiene el ser humano bajo contexto, así como su vida cotidiana. Esto se conecta con un planteamiento que en sí puede tener múltiples aristas como la preocupación por un mundo y unas sociedades que parecen caminar inexorablemente a su extinción.

Esto también se articula de manera muy precisa con otros elementos, como el carácter que cobra y tiene la utopía entre nosotros, el peso que va cobrando actualmente la lucha social, las coordenadas y los referentes que los sujetos sociales levantan y promueven en sus afanes y movilizaciones, los cuales conllevan implícita y explícitamente determinados símbolos, signos, proyecciones, aspiraciones, anhelos y esperanzas. Por ello, la llamada “modernidad” nos ha puesto en una tesitura delicada de difícil pronóstico, porque los referentes históricos y teóricos con los que nos habíamos movido han sido sometidos a una dura prueba, a la vez que han sido cuestionados en su propia legitimidad, por lo tanto, en su necesidad y pertinencia.⁴ Es por aquí donde caminan estas reflexiones.

II. La subjetividad, su alcance social

En consonancia con lo expuesto, podemos afirmar, con absoluta consecuencia, que la conciencia es un elemento constitutivo de la subjetividad, si no, es que la subjetividad en sí misma, porque nos permite ir construyendo los referentes, no solo de la sociabilidad, sino de las aspiraciones más personales e íntimas en el orden individual y colectivo. Esto también quiere decir, construir utopías, deseos, anhelos y esperanzas que se van codificando y decantando en acciones concretas, como serían los planes y los proyectos históricos; esto

a su vez implica, superación y trasgresión de todo establecido, “lo vigente”, “el orden”. Esto es, el ser humano crea y es creado por la historia en un proceso dialéctico de mutuas implicaciones, porque el ser humano está en la historia y él mismo es historia. Por otro lado, esto nos debe llevar a la subversión de “lo establecido”, porque lo establecido mediatiza y corrompe la capacidad creativa e imaginativa de los seres humanos.⁵ Esto significa que estará presente esta dimensión alienadora de “lo establecido” con su evidente poder avasallador, pero la capacidad creativa de los seres humanos es que debe y puede trasponer todo aquello que lo cosifica, para de ahí desplegar su dimensión imaginativa y renovadora y construir proyectos de nueva sociedad.

Aquí estaría una de las notas relevantes de la dialéctica histórica cuando surge la contradicción entre sociedad y sujeto, los seres humanos se ven reducidos no solo en su subjetividad, sino en su propia capacidad para gestar su propia historia, y esta también es sueños, deseos y aspiraciones. Esto, en términos objetivos, nos lleva a una cuestión determinante en la constitución de la subjetividad; es precisamente el desplegar en los sujetos históricos, su deseo de vivir, de dar sentido a la existencia, trascenderse a sí mismo; y este trascender es ir más allá de su tiempo y de su propia historia. Esto significa el constituirse como sujetos de la historia.⁶

La constitución del sujeto histórico también quiere decir potenciar y desplegar las capacidades liberadoras de los seres humanos que le permitan imaginar, delinear y proyectar en la historia lo mejor de sí mismos en el orden de crear sociedades más libres, más justas, más democráticas, más humanas, donde la enajenación y la explotación ya no sean el dato fundamental. Pero para concretar dicha propuesta es necesario superar entre otros muchos aspectos una serie de ideas y concepciones sobre la vida, la historia y la sociedad, como visualizar el tiempo como un continuo inacabado, infinito y progresivo; esto es, dejar atrás esa concepción de que solo hay una única perspectiva espacio-temporal, donde el progreso es una línea sucesiva de procesos y fenómenos sin otra “dimensión que el futuro”.

En este orden, la crítica a estas concepciones debe ser una pieza fundamental en la superación del propio estado de cosas. Esta superación debe pasar por la imaginación creadora, debe trasponer las propias concepciones del capitalismo imperante que se asume como

“el único proyecto posible, viable, deseable y cierto”, lo demás, es sueño, fantasía, locura, desajuste, delirio febril. Esto es lo que afirma Alicia Fignoni cuando dice: “El capitalismo, en tanto cosmovisión hegemónica, impulsó la existencia de un tiempo único, que se relaciona con la necesidad del hombre de adecuarse a las nuevas formas de organización del trabajo: el tiempo de la producción como tiempo creado, artificial, configurado en torno a la capacidad del hombre de generar riqueza al servicio del capitalismo [...]”.⁷

Es desde estas consideraciones que el pensamiento liberador cobra mayor fuerza y expresión; entre otros aspectos porque se articula con esa otra dimensión de la subjetividad que son los valores, con una axiología concomitante que le corresponde de manera clara y expresa, esto por necesidad requiere y exige: conocer y asumir la propia historia, así como asumir y entender nuestra realidad tal y como es. A partir de ella ir construyendo los planos teóricos, valorativos, históricos y existenciales que nos correspondan, identifiquen e interpelen. Una cuestión que es digna de mención en estas consideraciones que se vienen haciendo es que lo político y la política en este nivel se constituyen en una herramienta de orden epistémico y, en consecuencia, en un elemento de conocimiento clave de nuestra propia condición de marginados y excluidos.⁸

A partir de estas ideas, se puede afirmar que en nuestra América la dimensión utópica como expresión de la subjetividad no alcanzó a proyectar todo su potencial subversivo porque quedó como un simple referente de “orden racional”. Esto quiere decir, estuvo y ha estado desvinculada y desarticulada de sus respectivas mediaciones históricas, como para hacerla efectiva, concreta, viable. Por ello, no está fuera de lugar postular que la utopía tiene una enorme carga proyectiva y un tramo muy largo por andar, donde los valores que conlleva nos pone en la dirección de crear esa conciencia histórica que nos haga capaces de asumir nuestro entorno histórico con sus potencialidades y alcances.⁹

III. El proceso social, el referente obligado

Después de haber mostrado algunos de los elementos que constituyen a la subjetividad, el asunto de fondo sigue siendo: ¿cómo se articula la subjetividad con el proceso social? Esto se plantea como una cuestión de primer orden, tratando de que nos muestren, no solo su real y compleja relación, sino, sobre todo, donde poda-

mos entender el ¿por qué? de determinadas prácticas y expresiones sociales de cara a ciertas manifestaciones políticas, ideológicas y sociales que parecieran ajenas, ambiguas, anacrónicas o sencillamente improcedentes o impertinentes.

Sobre este punto, podemos decir que la propuesta planteada contiene al menos dos consideraciones centrales: primera, para poder abordar con cierta solvencia teórica e histórica es menester ubicarla como una discusión de orden multidisciplinaria, entre otros aspectos porque intervienen la filosofía, la historia, la sociología, la política, y en una dimensión más amplia, la ideología. Segunda, al interior de esta discusión se ven involucradas diversas tradiciones teóricas como sería, la marxista, la weberiana, la gramsciana, incluso determinadas de corte teológico, porque mucha de esta discusión se ha abordado como expresiones de orden religioso, y aquí estaría inscrito el caso latinoamericano. Por ello se debe decir que la propuesta desde su dimensión multidisciplinaria tiene su sustento en la complejidad que expresa y, en cierta medida, por la ambigüedad que conlleva la subjetividad de cara al acontecer socio-histórico, porque en ella intervienen el conocimiento, la política, la dimensión económica, la imaginación simbólica que nos debe dotar de un todo explicativo.

Desde esta perspectiva, la articulación o vinculación entre subjetividad y proceso social debe ser vista como un todo orgánico que nos permita entender la dinámica de transformación que se da al interior de los procesos sociales. En definitiva, todos estos elementos nos permiten generar la interacción e intercomunicación entre los diversos sectores, grupos y clases sociales que actúan en una determinada coyuntura histórica, con lo que también podemos acceder a una valoración más clara de las diversas clases con sus prácticas y expresiones discursivas.¹⁰ En este punto de la exposición cabría de manera muy precisa una afirmación gramsciana en el sentido de que: “[...] estos fenómenos son un hecho filosófico y social mucho más originales y significativos que las “solos genialidades” de un intelectual aislado de los procesos sociales [...] Esto significa estudiar la inserción de vastos grupos y sectores sociales en procesos que van cobrando mayor relevancia y pertinencia”.¹¹

En una primera aproximación se puede decir que los diversos grupos y clases sociales se van abriendo paso al interior de los movimientos que cubren una gama amplia y abigarrada de demandas, que pueden ir desde



Elaine A. GONZÁLEZ ALFARO: *Mi escenario*.

las solas reivindicaciones salariales, pasando por expresiones de políticas sociales, ambientales, de género hasta procesos más complejos y de mayor envergadura como serían el alistamiento hacia la insurgencia revolucionaria. Todos estos movimientos en sí mismos cobran una fisonomía particular y definida que se van desdoblado al interior de un todo social, que en definitiva van marcando una actitud renovadora y contestataria. Esto también quiere decir, asumir uno de los aspectos fundamentales del reclamo utópico como lo es, la denuncia y la proposición ante una situación social e histórica insostenible. Este punto es uno de los aspectos definitorios del movimiento de rebeldía que conlleva y conjugan el malestar social.¹²

Los elementos expuestos tienen como “telón de fondo” o hacen referencia a una determinada forma de conciencia social porque resignifican a las mismas ciencias sociales dotándolas de un nuevo contenido, en cuanto que le dan una visión más aguda y penetrante a la condición socio-histórica por la que se atraviesa. Esto también quiere decir, analizar con mayor rigor y profundidad, entre los elementos: la explotación, la

marginalización, la violencia, las diversas formas de opresión, así como la necesidad de superación de esas lacras sociales. Un aspecto que no debe ser pasado por alto en estas consideraciones que se vienen haciendo es que “esas formas de conciencia”, algunas de ellas “no tienen un contenido estrictamente político”; esto es, que se deban mostrar como “estrictamente analíticas, discursivas o científicas”, más bien nos remiten a una gama muy amplia de objetos simbólicos que en sí son y pueden ser ambiguos o ambivalentes, pero que tienen la virtud de producir un sentido concreto, aglutinador y movilizador; lo que en última instancia es lo realmente relevante y destacable. Esta forma de apropiación del mundo se refiere a realidades de sentido antes que a cosas sensibles, porque tienen la capacidad de integración y aglutinamiento social; entre otros tantos elementos que contempla, es que remueven la afectividad y lo que ello implica.

Es a partir de estos planteamientos por lo que se afirma que tienen una gran capacidad movilizadora a diferencia de la sola “conciencia analítica”, que si bien proporciona un conocimiento sistemático y más preciso del acontecer socio-histórico, no es capaz de mover la voluntad de los actores en cuestión; esto, en términos muy concretos, significa que: “Nadie estaría dispuesto a dar la vida por un concepto por muy lúcido que éste sea”. La realidad en muchos aspectos se mueve, se conjuga desde otros parámetros y otras ordenadas.

Este “despertar de la conciencia” va encontrando su relación más próxima en la capacidad que tenga una comunidad para organizarse de forma orgánica, conscientemente, articulada y precedida de manera explícita de la dimensión ética teniendo como soporte claro su responsabilidad social, y como tal, lanzarse a la transformación de esa sociedad donde la práctica social como la experiencia comunitaria vayan siendo alimentadas por valores y visiones que a su vez sean consideradas como trascendentes.¹³ Esto también quiere decir que la categoría de *praxis* entra como un elemento constitutivo de esa nueva conciencia y se ubica en abierta contradicción con otras “formas” de conciencia que alejarían más a esos grupos del compromiso social.

El componente ético cobra desde esta perspectiva una dimensión incuestionable e ineludible. Esto también debe ser entendido como el imperativo de trabajar desde un aquí y ahora para remover y subvertir el orden vigente. Con ello se caminará hacia la obtención

de una visión más penetrante del momento histórico que se vive, y que en definitiva es el tener una actitud contestataria que empuje a la movilización social, a la vez que interpele vitalmente a los grupos y las clases. También se debe decir que estas acciones no están exentas del desorden y la anarquía, porque en una primera expresión los sectores sociales no tienen una captación clara y definida de lo que está aconteciendo. Por ello se ha llegado a afirmar que muchas de estas actuaciones son desbordadas y desordenadas, pero que, a su vez, se inscriben en la imperiosa necesidad de “actuar y comenzar a hacerse presentes”; esto es el expresar su insatisfacción y rebeldía, lo cual no es poca cosa.

Por otro lado, negar la determinación social y su capacidad de actuación nos llevaría a una concepción idealista. El desarrollo que puedan cobrar las organizaciones y los grupos, así como sus referentes sociales solo será inteligible, a la vez que puedan constituirse en un elemento programático en la medida en que estos grupos vayan adquiriendo una comprensión más clara, cabal y contundente de nivel de conciencia en el plano sociopolítico. No puede haber acciones efectivas y trascendentes en el plano social si no hay una clara comprensión de los elementos y las dimensiones que contiene ese entorno. En este sentido, los productos simbólicos generados por el movimiento popular deben superar una de las situaciones más reiteradas y manidas en este tipo de procesos, que se ha llegado a constituir en uno de los peligros más temidos: la parálisis social, el conservadurismo, así como el superar el reformismo y la actitud evasiva.

En consecuencia, uno de los ejercicios críticos que deben realizar de manera permanente estas organizaciones con absoluta seriedad, madurez y objetividad es que la toma de conciencia no es en sentido estricto un producto inmediato del movimiento en sí mismo, ni se da como un “maná caído del cielo”, es la conjunción de vastas determinaciones y elementos de diverso orden y nivel, donde la claridad, la profundidad y la correcta valoración de las acciones a emprender cobren cuerpo y definición. Aquí cabría decir que la dinámica histórica va encauzando, dirigiendo y nutriendo el movimiento social, porque ponen en manos de este una de las herramientas básicas para la obtención de sus objetivos: la racionalidad político-social.

Siguiendo con los planteamientos expuestos, este abrir paso a la conciencia también debe ser entendido como una experiencia de liberación, que para algunos

o para muchos estos conceptos a estas alturas de los tiempos los consideran inoperantes y en desuso, que considero un craso error verlo de esa forma, tanto para los propios sujetos como para sus organizaciones. Todo esto tendrá su concreción a partir de la intelección que tengan del trabajo en sí y de la labor que se desarrolle al interior del proceso social. Esto articula la capacidad organizativa de las propias organizaciones. Esto en definitiva debe ser el punto de partida, en cuanto que se puede constituir en una nueva forma de conocimiento, donde la valoración y la perspectiva que se tenga se constituyan en un deber ser al lado de la responsabilidad histórica que esto acarrea.¹⁴

En este orden, se debe decir que los elementos referidos se inscriben en dinámicas muy concretas, a la vez que hacen mención de procesos vastos, complejos y de gran envergadura que se van desplegando, sobre todo, a nivel de las concepciones y de la propia conciencia, donde los propios movimientos deben caer en la cuenta de las implicaciones que pueden tener dichos procesos, así como las dimensiones que llegan a adquirir, que son amplias, abigarradas y de efectos, en muchos casos impredecibles.

IV. A manera de conclusión

Considero que los planteamientos expuestos nos pueden dar una idea más clara y precisa sobre esta zona de nuestra realidad, teniendo en cuenta que ha sido uno de los rubros más complejos y de difícil tratamiento al interior de nuestra historia social y académica, por las razones ya expresadas. Por lo tanto, se puede decir que la racionalidad política y el movimiento social deben estar en consonancia con el todo social. Esto también va a implicar una compleja tarea donde las mediaciones instrumentales y metodológicas se tienen que ir construyendo y articulando, para adquirir un contenido nuevo y una forma más definida de cara a las exigencias de la coyuntura y del nivel de las transformaciones que se deseen emprender. Esto, en otros términos, quiere decir que: “[...] no sólo es el cambio de estructuras, de mentalidad, de las dimensiones económico-políticas donde van a surgir las transformaciones fundamentales, sino también estará en conjunción con una transformación radical de orden sistémico que genere la subversión y las condiciones de una vida radicalmente distintas”.¹⁵

Sobre este punto, caben de manera muy precisa los planteamientos vertidos por el eminente teólogo salvadoreño Ignacio Ellacuría, donde intenta interpe-

arnos a manera de invitación para que cavilemos con mayor rigor y consistencia sobre la importancia que tiene el reflexionar con seriedad el peso que cobra la subjetividad y el proceso social, al referirse entre otros puntos a los estragos que ha generado la ingenuidad política por carecer de un aparato conceptual y analítico más desarrollado y penetrante cuyo saldo último ha sido, derrotas estrepitosas y sumamente amargas para el movimiento popular y en definitiva el alejamiento, la apatía, el rechazo a los intentos de transformación, así como una sobrevaloración, incluso de forma desmesurada sobre las posibilidades reales de triunfo del movimiento social. Todo esto se conecta de manera muy clara con lo expuesto, y concluyo con una cita de Juan José Tamayo que retoma la propuesta de Ellacuría en los siguientes términos:

La Nueva Tierra comporta, para nuestro autor, un nuevo orden económico, social, político y cultural. En el orden económico propone una civilización de la pobreza *versus* la civilización de la riqueza. Ésta se basa en la acumulación privada del capital, considerada como fundamento del desarrollo, en la posesión de riquezas (= tener) como base de la propia seguridad y en el consumo irrefrenable como principio de la propia felicidad. La civilización de la pobreza no busca la pauperización de todos como ideal de vida a seguir, sino que cuestiona en su raíz la acumulación del capital. Hace de la solidaridad y de la satisfacción universal de las necesidades básicas el principio fundamental de la humanización y la *conditio sine qua non* de todo desarrollo. Propugna, a su vez, por un orden social centrado en el desarrollo de las estructuras sociales y en el fenómeno de la iniciativa comunitaria y social. En dicho orden han de desaparecer las desigualdades, sin desembocar, por ello, en una igualdad mecánica.¹⁶

Notas

- ¹ Adolfo Sánchez Vázquez: *El joven Marx. Los manuscritos de 1844*, p. 123.
- ² Orlando Núñez Soto: *La insurrección de la conciencia*, p. 30.
- ³ Óscar Wingartz Plata: “Humanismo y América Latina”, p. 141.
- ⁴ *Ibidem*, p. 142.
- ⁵ Alicia Fignoni Armanasco: “Subjetividad y tiempo en la construcción de la utopía”, pp. 46-48.
- ⁶ Giulio Girardi: “Los pueblos indígenas, nuevos sujetos históricos: su aporte a la búsqueda de una alternativa de civilización”, p. 18.
- ⁷ Alicia Fignoni Armanasco: obra citada, p. 53.
- ⁸ Susana Luminato: “La función de los valores en el pensamiento filosófico latinoamericano”, p. 47.
- ⁹ Leopoldo Zea: *Filosofía de la historia americana*, pp. 188-210.
- ¹⁰ Pablo Richard y Esteban Torres: *Cristianismo, lucha ideológica y racionalidad socialista*, p. 15.
- ¹¹ Óscar Wingartz Plata: *De las catacumbas a los ríos de leche y miel (Iglesia y revolución en Nicaragua)*.

- ¹² Andrés Opazo: “Hacia una comprensión teórica de la religión de los oprimidos”.
- ¹³ Ídem.
- ¹⁴ Rosa María Pochet y Abelino Martínez: *Nicaragua: Iglesia ¿manipulación o profecía?*
- ¹⁵ Giulio Girardi: El sandinismo frente al fenómeno religioso en Nicaragua, p. 13.
- ¹⁶ Ignacio Ellacuría: “Con los pobre de la tierra”, p. 212.

Bibliografía

- ELLACURÍA, Ignacio: “Con los pobres de la tierra”, en Juan José TAMAYO y Juan BOSCH: *Panorama de la teología latinoamericana. Cuando vida y pensamiento son inseparables*, Navarra, Verbo Divino, 2001.
- FIGNONI ARMANASCO, Alicia: “Subjetividad y tiempo en la construcción de la utopía”, en: Horacio CERUTTI GULDBERG y Rodrigo PÁEZ MONTALBÁN (COORDS.): *América Latina: democracia, pensamiento y acción. Reflexiones de utopía*, México, CCYDEL/UNAM-PyV Editores, col. Democracia y Cultura, 2003.
- GIRARDI, Giulio: “El sandinismo frente al fenómeno religioso en Nicaragua” (mimeo), Managua, agosto 22 de 1983.
- GIRARDI, Giulio: “Los pueblos indígenas, nuevos sujetos históricos: su aporte a la búsqueda de una alternativa de civilización”, en: Ma. Alicia PUENTE LUTTEROTH (COORD.): *Actores y dimensión religiosa en los movimientos sociales latinoamericanos, 1960-1992*, México, Facultad de Humanidades/UAEM-Editorial Miguel Ángel Porrúa, 2006.

- LUMINATO, Susana: “La función de los valores en el pensamiento filosófico latinoamericano”, en: *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1995.
- NÚÑEZ SOTO, Orlando: *La insurrección de la conciencia*, Managua, CIPRES, 2a., ed., 1996.
- OPAZO, Andrés: “Hacia una comprensión teórica de la religión de los oprimidos”, *Revista de Ciencias Sociales*, San José, CSUCA, n. 33 (1985).
- POCHET, Rosa María y Abelino MARTÍNEZ: *Nicaragua: Iglesia ¿manipulación o profecía?*, San José, Ediciones DEI, col. Sociología de la Religión, 1987.
- RICHARD, Pablo y Esteban TORRES: *Cristianismo, lucha ideológica y racionalidad socialista*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1975.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo: *El joven Marx. Los manuscritos de 1844*, México, FFyL/UNAM-Ediciones La Jornada-Editorial Itaca, 2003.
- WINGARTZ PLATA, Óscar: “Humanismo y América Latina”, en: Óscar WINGARTZ PLATA (COORD.): *Iberia y América Latina: La búsqueda de una propuesta común*, México, UAQ-UAMadrid, col. Humanidades, 2007.
- WINGARTZ PLATA, Óscar: *De las catacumbas a los ríos de leche y miel (Iglesia y Revolución en Nicaragua)*, México, UAQ, serie Humanidades, 2008.
- ZEA, Leopoldo: *Filosofía de la historia americana*, México, FCE, 1978. ©

